

Reseña de *On Looking into the Abyss: Untimely Thoughts on Culture and Society*,  
(Sobre la mirada al abismo: reflexiones intempestivas sobre la cultura y la sociedad) por  
Gertrude Himmelfarb (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1994) 192 páginas, Notas, Índice

Por Michael W. Kelley

*Contra Mundum*, No. 11, Primavera 1994

El quinto ángel hizo sonar su trompeta, y vi una estrella que había caído del cielo a la tierra. A la estrella se le dio la llave del pozo del Abismo. Cuando abrió el Abismo, salió humo de él como el humo de un horno gigantesco. El sol y el cielo se oscurecieron por el humo del Abismo. Y del humo bajaron langostas sobre la tierra y se les dio un poder como el de los escorpiones de la tierra. (Apocalipsis 9:1-3)

La narración de Apocalipsis 9 continúa con una descripción de lo que estos desagradables "demonios" del Abismo de las tinieblas, la falsedad y la mentira son liberados para hacer. Son enviados con el propósito expreso de atacar a ciertos seres humanos — todos aquellos que no tienen el sello de Dios en sus frentes. Se les prohíbe hacer cualquier daño al reino externo de la naturaleza; sólo salen para trabajar la seducción y el error en los corazones de todos los que no tienen el Espíritu (sello) de Dios como escudo sobre la mente (frente). El Espíritu de Dios es el sello de la verdad en sus corazones y mentes y sin esa firma de propiedad todos los hombres son presa de las mentiras y distorsiones de la 'estrella caída' (Satanás) y sus ejércitos de oscuridad (langostas y escorpiones) y de la falsedad. El efecto de su "aguijón" se describe como una tortura, un sufrimiento y un deseo de morir, pero en vano. Deben vivir con su tormento como una maldición adecuada sobre ellos porque no se arrepienten para llegar al conocimiento de la verdad. Es decir, sus ideales culturales deben ser soportados como un tejido de mentiras y tonterías. No producirán nada bueno, pero deben aceptarlo les guste o no. Tal es la naturaleza del Abismo, cuando se abre, para todos aquellos que buscan explicar su vida y su mundo sin referencia a Dios y a Su Palabra, e incluso en oposición a ellos.

En su última colección de ensayos, Gertrude Himmelfarb, eminente historiadora de la Inglaterra victoriana y quizá una de las más destacadas prosistas de nuestros días, ha presentado otra serie de artículos en los que nos ofrece sus sagaces observaciones sobre las enormes perversiones que han llegado a apoderarse de la vida intelectual y académica moderna. Estos ensayos los ha titulado *Sobre la mirada al abismo*. No se dice explícitamente en ninguna parte si ella tenía en mente el libro del Apocalipsis con su uso de la palabra "Abismo", y es poco probable en cualquier caso. Tomó prestada la frase, como ella misma admite, de una cita de Lionel Trilling, quien probablemente tenía algún indicio del pensamiento que allí se recoge. Si no es así, su comentario ciertamente se acerca. Porque su uso (y el de ella) del término "abismo" se refería al empobrecimiento espiritual del hombre intelectual moderno; su creciente creencia en el relativismo ético, estético, moral y cultural—hombres, en otras palabras, "para quienes no hay realidad sino sólo lenguaje, no hay filosofía sino sólo un juego mental, no hay moral sino sólo retórica y estética". (p. xi) Para estos intelectuales, el bien y el mal ya no poseen ningún significado sustantivo y, como resultado, los acontecimientos del siglo XX (por no mencionar otros) han llegado a ser vistos no como actos que se ajustan o se apartan de una norma objetiva de moralidad y verdad, sino que son sólo lo que el historiador, el filósofo o el analista social deciden ver en ellos. Se asoma al "abismo" y sólo ve lo que quiere ver y construye, o mejor "deconstruye", sólo lo

que su inteligente imaginación le propone. La profesora Himmelfarb ha subtítulo su libro *Reflexiones intempestivas sobre la cultura y la sociedad*. "Inoportunas", porque sus ideas están fuera de las tendencias modernas en los círculos académicos e intelectuales. Ella está, como afirma, "dedicada a la proposición de que existen cosas como la verdad y la realidad y que hay una conexión entre ellas..." (p. xii) La mente del hombre (o de la mujer) no es libre de inventar lo que quiera sobre la vida y el mundo, sino que debe someter sus interpretaciones a los criterios de una realidad objetiva si quiere producir los frutos de una verdadera comprensión. Este ideal, como ella sabe, ha sido atacado ferozmente en la universidad moderna y es tratado con desprecio por los autodenominados líderes del "postmodernismo".

En su cacareada opinión, todo rastro de nuestra cultura occidental con su herencia literaria e intelectual debe ser eliminado, ya que no ha hecho más que producir una tiranía mental y moral, así como forjar los instrumentos de la opresión social y política. Para su disgusto, pretendía transmitir la noción de que los seres humanos están limitados por una realidad que no es de su propiedad; que existen normas fuera de la mente del hombre a las que debe acceder si espera construir una cultura y una sociedad viables. Pero para el hombre moderno ya no hay normas objetivas, ni realidad objetiva de ningún tipo: sólo existe el "abismo". El abismo se encuentra en lo más profundo de la psique humana, de la que saca lo que le conviene o lo que le apetece en un momento dado. Pero de él no se puede sacar nada permanente ni duradero. Nada más allá de la imaginación del momento puede tener importancia. Todo es una cuestión de experimentación, pura fantasía y artificio arbitrario.

El profesor Himmelfarb aprecia que el abismo como fuente de los ideales y valores del hombre moderno hizo su aparición por primera vez en algo parecido a un nivel influyente en algún momento del siglo pasado. En su opinión, aunque se escucharon muchas voces a favor, el principal defensor fue Nietzsche. Sin embargo, desde su época, ha crecido y se ha extendido hasta casi superar cualquier forma anterior de discurso intelectual y moral. Como escribe:

Desde entonces, el abismo se ha hecho más profundo y más peligroso, con nuevos y más listos terrores acechando en el fondo. Las bestias del modernismo han mutado en bestias del posmodernismo: el relativismo en nihilismo, la amoralidad en inmoralidad, la irracionalidad en locura, la desviación sexual en perversidad polimorfa. Y desde entonces, generaciones de estudiantes inteligentes bajo la guía de sus profesores ilustrados han mirado al abismo, han contemplado esas bestias y han dicho: "Qué interesante, qué emocionante". (p. 6)

¡Nada más! Sólo interesante, emocionante. No se intenta evaluar tales hallazgos a la luz de ningún criterio objetivo. Porque no existe ninguno. Los alumnos no aprenden a pensar ni a juzgar; sólo a expresar su asombro ante la irracionalidad, ante la pura depravación de la imaginación humana. Por supuesto, para ellos no hay nada anormal en absoluto. Mirar el retrete del alma no provoca asco, sólo fascinación y curiosidad.

En el mundo académico, el abismo se ha abierto paso más profundamente en la literatura, la filosofía y la historia que en otros ámbitos. Sin duda, con la excepción de las ciencias duras, está presente en casi todas partes. Se puede encontrar en el derecho (estudios jurídicos críticos), en los estudios políticos (el socialismo sigue fascinando) y en la sociología (que ha explotado en una variedad de programas de género y multiculturales), como la más conspicua de las áreas en las que ha hecho sentir su presencia. Pero el ataque a las humanidades más tradicionales se ha dejado sentir más, si no por su lugar más establecido en el plan de estudios, al menos porque parecían encarnar durante mucho tiempo más de lo

que pasaba por un estándar objetivo de conocimiento en la cultura occidental. Al menos, son áreas de pensamiento con las que el profesor Himmelfarb, con más de treinta años en el mundo académico, ha tenido un mayor conocimiento de primera mano que las otras y, por tanto, está en mejor posición para comentarlas.

Dado que el lenguaje es, desde tiempos inmemoriales, el principal medio del hombre para transmitir pensamientos e ideas, para expresar nociones de verdad y bondad—ya que las palabras dan forma al pensamiento y a la comprensión de la mente—, el lenguaje ha estado a la vanguardia de los ideales de educación del hombre. El lenguaje es su principal herramienta para construir el edificio del conocimiento y, por lo tanto, se encuentra en la base misma de la cultura y la civilización. Sin los medios adecuados para comunicar sus pensamientos habría sido imposible forjar un programa común. Ningún individuo podría construir la civilización en solitario: se necesita el trabajo de muchos. Pero para que muchos trabajen juntos es necesario que todos puedan ponerse de acuerdo en algún propósito común. Esto sólo puede lograrse mediante el lenguaje, especialmente el lenguaje escrito, que permite que todos se pongan más o menos de acuerdo sobre aquello que todos pueden compartir o a lo que pueden contribuir como un propósito acordado, engendrando así un marco de referencia "objetivo" del que las generaciones posteriores pueden partir y continuar.

No debe sorprendernos, pues, que el primer asalto desde el "abismo" se dirija al lenguaje, es decir, a la literatura. La deconstrucción y el estructuralismo son los nombres de las "langostas" que han descendido sobre este campo. En los departamentos de literatura, ya no está de moda leer y analizar los contenidos o estilos de determinadas novelas o poemas, pasados y presentes; en su lugar, "los estudiantes... leen con demasiada frecuencia libros sobre cómo leer libros". (p. 6) En otras palabras, no la literatura, sino la teoría literaria domina la discusión. La "teoría" permite que la discusión y el aprendizaje tengan lugar no sobre la base de lo que el autor de alguna obra literaria en particular tiene que decir, sino de lo que el teórico-profesor, con su superioridad sobre el autor y el texto por igual (p. 7), considera esencial. La literatura se convierte en un medio para que las mentes pretenciosas afirmen sus teorías favoritas sobre cualquier cosa que deseen y, de este modo, "produzcan los efectos más sorprendentes, sin estar sujetos a nada más que a los límites de su propio ingenio y audacia". (p. 9) Ellos, y no la propia literatura, controlan lo que se puede decir del texto. No hay una interpretación correcta o incorrecta, sólo invenciones ingeniosas e interesantes de los teóricos. Himmelfarb describe en qué consiste esto:

Para los teóricos, lo interesante es lo que es *outré*, paradójico, contradictorio, opaco. Dado que no existe una interpretación "correcta", las posibilidades de ser "interesante", en este sentido, son ilimitadas. Y como las novelas y los poemas son simplemente "textos" (o "pretextos") totalmente indeterminados y, por tanto, totalmente maleables, pueden ser "textualizados", "contextualizados", "recontextualizados" e "intertextualizados" a voluntad. El resultado es una especie de asociación verbal flotante, en la que cualquier palabra o idea puede sugerir cualquier otra (incluyendo, o especialmente, su opuesto), y cualquier texto puede relacionarse de cualquier manera con cualquier otro. (pp. 8 y 9)

Los abismos de la filosofía y la historia son, quizás, aún más siniestros que los que se pueden encontrar en el ámbito de la literatura. La filosofía, sobre todo, se ha ocupado de las ideas básicas sobre las que piensa la mente y de cómo las piensa. La metafísica y la epistemología, los cimientos de una realidad y una verdad externas, han sido abolidas por la "nueva" filosofía. O, mejor dicho, la esperanza es abolirlos si es posible. Por supuesto, sabemos bien que eso es del todo imposible. Sin embargo, la

arrogancia de los hombres modernos, o "posmodernos", es suponer que la realidad puede ser abolida. El problema es difícil. Al menos, pueden pretender juguetonamente que no se puede saber nada verdadero sobre ninguna realidad externa; que el mundo es lo que la mente hace de él, no lo que descubre que está realmente allí. Así, es posible construir (mediante la "deconstrucción") la realidad que se desee. El mundo no limita al hombre, sino que éste sólo está limitado por el ingenio de su imaginación creadora.

Por último, en la disciplina de la historia, el área de especialización del profesor Himmelfarb, los abismos están trabajando horas extras para redefinir lo que puede, o no, considerarse "conocimiento" en lo que respecta al pasado del hombre. Aquí, el gran interés ha sido "deshistorizar" la historia negando que el pasado tenga alguna realidad objetiva—es decir, alguna "fijeza" (p. 133)—que el historiador trata de comprender más o menos en sus propios términos. El "abismo" afirma que la historia es simplemente lo que el historiador decide hacer de ella. "La historia posmodernista, podría decirse, no reconoce ningún principio de realidad, sólo el principio de placer: la historia a gusto del historiador". (p. 133) La historia no es una búsqueda de lo que realmente sucedió en el pasado, y por lo tanto no se trata de ser preciso y factual. Por el contrario, la historia tal y como se propone desde el abismo es la historia imaginada o inventada por el historiador posmoderno para los fines que él solo considera útiles o instrumentales. La mayoría de las veces su propósito es tratar el pasado como si fuera el secreto para explicar las ideologías políticas de moda en el presente. La historia, en este sentido, se aborda en términos de raza, clase y género, y los acontecimientos, las creencias, las ideas y las acciones de los individuos se sustituyen por estructuras, fuerzas e instituciones impersonales. (pp. 17 y 18) En cierto sentido, la historia desde el abismo pretende tomar como modelo la de la antropología, profesando ser "libre de valores". (p. 18) En realidad, la historia posmodernista se rebela contra la tiranía de la cronología y la lógica de causa y efecto en los acontecimientos humanos y denuncia la historia tradicional como nada más que el producto de la "ideología patriarcal". (p. 152) En definitiva, la historia se utiliza para "deconstruir" la cultura occidental y para tratar a otras culturas como iguales o superiores.

La profesora Himmelfarb ha recurrido a la ayuda de su aguda mente y su claridad de pensamiento en el actual discurso sobre la decadencia del intelecto y la educación que es el sello de nuestros días. Ella se encuentra en una posición única para observar esta corrosión, ya que ha pasado toda su carrera dentro de los salones de la academia. Es un testigo fiable del asalto a la creencia tradicional de que existen cosas como el bien y el mal, la verdad y la falsedad, la realidad y la fantasía. No sólo está familiarizada con las tendencias desviadas de hoy en día, sino que lleva toda una vida analizando las raíces de las transformaciones modernas, desde la creencia y la confianza en un reino "objetivo" preestablecido de existencia y pensamiento hasta la entrega total al "abismo" como único criterio de lo que creen los hombres modernos (o posmodernos). Habiendo visto los inicios en el siglo XIX, sabe muy bien que el abismo no surgió recientemente. Sin embargo, a partir de esos comienzos creció a medida que cada generación desde entonces ha pasado más y más tiempo "mirando" dentro de él. Lo que veían, lo consideraban "liberador" y "potenciador". Los hombres no sólo vieron las posibilidades de un mundo nuevo y valiente liberado del confinamiento moral e intelectual, sino uno en el que el hombre, y sólo el hombre, decidía todas las cuestiones, dictaba todas las condiciones y obtenía todo el honor y la gloria. Lo que el abismo significaba, y significa, era la libertad de Dios y su realidad. Significa la libertad de reemplazar a Dios por el Hombre y de sustituir su "realidad" y "verdad" por la de Dios.

La profesora Himmelfarb, aunque no llega a sugerir nada remotamente parecido, reconoce sin embargo que los intentos del hombre moderno de sustituir siglos de civilización y cultura por el "abismo" como

única base sobre la que actuar o pensar sólo pueden conducir al suicidio moral e intelectual. (p. 160)  
No podríamos estar en desacuerdo. Sin embargo, todos los intentos de recuperar la forma de las cosas son inútiles ante el problema "religioso" subyacente, una dificultad que se comprende más fácilmente cuando reconocemos que la fascinación y la atracción del hombre por el abismo no es simplemente una cuestión de su propia elección, sino que se debe igualmente a ese Abismo real del que sale la suciedad de la falsedad y la inmoralidad y que "pica" su corazón y su mente con su veneno. No hay protección contra ese Abismo excepto el Espíritu de Dios, y la verdad que Él representa. A la "estrella caída" se le da la "llave" (autoridad) del Abismo y los hombres por sí mismos son impotentes contra él.

El capítulo nueve del Apocalipsis, sin embargo, no es el final del asunto. Le sigue inmediatamente el capítulo diez, que está destinado específicamente a contrastar con el capítulo nueve. Porque al principio del capítulo diez vemos a otro "ángel" que desciende del cielo. Sólo que este ángel no "cae", sino que "desciende" bajo su propio poder y autoridad. Es más, está ataviado con la apariencia de majestad y dominio. Tiene algo en la mano (que significa su autoridad). Es el "antídoto" para el veneno del Abismo. Es la Palabra de Dios. Así como la "estrella" ha venido (o, más bien, ha sido arrojada) a la tierra y a la historia, debilitada pero todavía mortal, y con autoridad para engañar, así también, pero con mayor autoridad, ha venido el Señor de la creación que, aunque resucitado en la gloria, sin embargo muestra con su descenso que está igualmente presente en la tierra y en la historia para obrar su voluntad contra el dominio del "humo, las langostas y los escorpiones".